

13 DICIEMBRE 2020
DOMINGO 3º ADVIENTO-B



1. CONTEXTO

LAS EXPECTATIVAS DEL BAUTISTA

Entre el otoño del **año 27** y la **primavera del 28** surge en el horizonte religioso de Palestina un profeta original e independiente que provoca un fuerte impacto en todo el pueblo. Su nombre es Juan, pero la gente lo llama el “Bautizador”, porque practica un rito inusitado y sorprendente en las aguas del Jordán. Es, sin duda, el hombre que **marcará como nadie la trayectoria de Jesús**.

Juan era de familia sacerdotal rural. Su rudo lenguaje y las imágenes que emplea reflejan el ambiente campesino de una aldea.

En algún momento, Juan rompe con el templo y con todo el sistema de ritos de purificación y perdón vinculados a él. No sabemos qué le mueve a abandonar su quehacer sacerdotal. Su comportamiento es el de un **hombre arrebatado por el Espíritu**. No se apoya en ningún maestro. No cita explícitamente las Escrituras sagradas. No invoca autoridad alguna para legitimar su actuación. Abandona la tierra sagrada de Israel y marcha al desierto a gritar su mensaje.

Juan no solo conoce la **crisis profunda** en que se encuentra el pueblo. A diferencia de otros movimientos contemporáneos, que abordan diversos aspectos, él concentra la fuerza de su mirada profética en la raíz de todo: **el pecado y la rebeldía de Israel**. Su diagnóstico es escueto y certero: la historia del pueblo elegido ha llegado

a su fracaso total. El proyecto de Dios ha quedado frustrado. La crisis actual no es una más. Es el punto final al que se ha llegado en una larga cadena de pecados. El pueblo se encuentra ahora ante la reacción definitiva de Dios. Igual que los leñadores dejan al descubierto las raíces de un árbol antes de dar los golpes decisivos para derribarlo, así está Dios con “el hacha puesta a la raíz de los árboles” (Lc 3,9; Mt 3,10), “Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego”.. Es inútil que la gente quiera escapar de su “ira inminente”, como una camada de víboras que huyen del incendio que se les acerca (Lc 3,7). Ya no se puede recurrir a los cauces tradicionales para reanudar la historia de salvación. De nada sirve ofrecer sacrificios de expiación. El pueblo se precipita hacia su fin.

Según el Bautista, **el mal lo corrompe todo**. El pueblo entero está contaminado, no solo los individuos; todo Israel ha de confesar su pecado y convertirse radicalmente a Dios, si no quiere perderse sin remedio. El mismo **templo está corrompido**; ya no es un lugar santo; no sirve para eliminar la maldad del pueblo; son inútiles los sacrificios de expiación que allí se celebran; se requiere un rito nuevo de purificación radical, no ligado al culto del templo. La maldad alcanza incluso a la tierra en que vive Israel; también ella necesita ser purificada y habitada por un pueblo renovado; **hay que marchar al desierto**, fuera de la tierra prometida, para entrar de nuevo en ella como un pueblo convertido y perdonado por Dios.

Nadie ha de hacerse ilusiones. La Alianza está rota. La ha anulado el pecado de Israel. Es inútil reclamar la elección por parte de Dios. **De nada sirve sentirse “hijos de Abrahán”** (Lc 3,8), “No andéis diciendo en vuestro interior: “Tenemos por padre a Abrahán”, porque os digo que Dios puede sacar hijos de Abrahán de estas piedras”); Dios podría sacar hijos de Abrahán hasta de las rocas esparcidas por el desierto. Nada dispensa de una conversión radical. Israel está prácticamente al mismo nivel que los pueblos gentiles. No puede recurrir a su historia pasada con Dios. El pueblo necesita una purificación total para restablecer la Alianza. **El “bautismo”** que ofrece Juan es precisamente el nuevo rito de conversión y perdón radical que necesita Israel: el comienzo de una elección y de una alianza nueva para ese pueblo fracasado.

Jesús queda seducido e impactado por esta visión grandiosa. Este hombre pone a Dios en el centro y en el horizonte de toda búsqueda de salvación. El templo, los sacrificios, las interpretaciones de la Ley, la pertenencia misma al pueblo escogido: todo queda relativizado. Solo una cosa es decisiva y urgente: **convertirse a Dios y acoger su perdón**.

Cuando se acercó al Jordán, Jesús se encontró con un espectáculo conmovedor: **gentes venidas de todas partes** se hacían bautizar por Juan, confesando sus pecados e invocando el perdón de Dios. No había entre aquella muchedumbre sacerdotes del templo ni escribas de Jerusalén. La mayoría eran gentes de las aldeas; también se ven entre ellos prostitutas, recaudadores y personas de conducta sospechosa. **Se respira una actitud de “conversión”**. La purificación de las aguas vivas del Jordán significa el paso del desierto a la tierra que Dios les

ofrece de nuevo para disfrutarla de manera más digna y justa. Allí se está formando el nuevo pueblo de la Alianza.

Juan no está pensando en una comunidad "cerrada", como la de Qumrán. Juan lo ofrece a todos. En el Jordán se está iniciando la **"restauración" de Israel**. Los bautizados vuelven a sus casas para vivir de manera nueva, como miembros de un pueblo renovado, preparado para acoger **la llegada ya inminente de Dios**.

Juan no se consideró nunca el Mesías de los últimos tiempos. El solo era el que iniciaba la preparación. Su visión era fascinante. Juan pensaba en un proceso dinámico con **dos etapas** bien diferenciadas. El primer momento sería el de **la preparación**. Su protagonista es el Bautista, y tendrá como escenario el desierto. Esta preparación gira en torno al bautismo en el Jordán: es el gran signo que expresa la conversión a Dios y la acogida de su perdón. Vendría enseguida una segunda etapa que tendría ya lugar dentro de la tierra prometida. No estará protagonizada por el Bautista, sino por una figura misteriosa que Juan designa como "el más fuerte". **Al bautismo de agua le sucederá "un bautismo de fuego"**. Que transformará al pueblo de forma definitiva y lo conducirá a una vida plena.

(Cfr. José A. Pagola. Jesús. PPC. 64-71)

2. TEXTOS

1ª LECTURA: ISAÍAS 61, 1-2A. 10-11

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungió.

Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad, para proclamar el año de gracia del Señor.

Desborde de gozo con el Señor, y me alegro con mi Dios: porque me ha vestido un traje de gala y me ha envuelto en un manto de triunfo, como novio que se pone la corona, o novia que se adorna con sus joyas.

Como el suelo echa sus brotes, como un jardín hace brotar sus semillas, así el Señor hará brotar la justicia y los himnos ante todos los pueblos.

El texto, que la liturgia nos ofrece este domingo, pertenece al **Tercer Isaías**, profeta anónimo que no terminó su actividad en Babilonia, sino que vuelve a Jerusalén con todo el pueblo desterrado y tiene que hacer frente al desencanto de sus contemporáneos que no veían por ningún sitio la salvación anunciada en los capítulos anteriores (Segundo Isaías: **caps.40-55**)

El profeta consuela a los afligidos con un relato de su propia vocación: ha sido llamado para anunciar la salvación y la esperanza. Quedan **cinco siglos** para que llegue Jesús y haga suyo, como programa de vida, este texto de salvación en la sinagoga de Nazaret omitiendo una estrofa: *para proclamar el año de gracia del Señor, "el día del desquite de nuestro Dios"*, o sea el día de la venganza contra los enemigos. Por eso, nos dice Lucas, *"todos se declaraban en contra, extrañados del discurso sobre la gracia que salía de sus labios"*

SALMO RESPONSORIAL: Lc 1, 46-48. 49-54)

Me alegro con mi Dios.

Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones. R

Porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. R.

A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia. R

2ª LECTURA: 1ª TESALONICENSES 5,16-24

Estad siempre alegres. Sed constantes en orar. Dad gracias en toda ocasión: ésta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de vosotros.

No apaguéis el espíritu, no despreciéis el don de profecía; sino examíadlo todo, quedándoos con lo bueno.

Guardaos de toda forma de maldad.

Que el mismo Dios de la Paz os consagre totalmente, y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo, sea custodiado sin reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo.

El que os ha llamado es fiel y cumplirá sus promesas.

Un nuevo bloque de exhortaciones encaminadas a poner a punto y a potenciar lo más posible **la vida comunitaria**.

Dos puntos merecen ser destacados: la probable alusión a una comunidad ya elementalmente organizada a sólo veinte años de la muerte de Jesús, y las vivencias carismáticas de la comunidad.

Hay unos miembros cualificados que atienden, e incluso tal vez presiden la comunidad. Precisamente a ellos puede ir dirigida de manera especial la advertencia de que no actúen sin más de forma represiva contra posibles vivencias carismáticas de la comunidad

Como sucederá más tarde en Corinto (1 Cor 12-14), parece que también en Tesalónica **las experiencias carismáticas comenzaban a crear problemas**. Lo nuevo, lo espontáneo, lo libre, lo creativo, chocan fácilmente con lo rutinario, lo encasillado, lo establecido, lo prefijado. Pues bien, el mismo Pablo que dirá más tarde: ***dónde está el Espíritu del Señor está la libertad***, denuncia también ahora una posible acción represiva contra los carismas en la Iglesia: *no apaguéis, no menospreciéis*. Pero a renglón seguido pone en guardia frente a ingenuas credulidades o a engañosas manifestaciones. Porque no siempre la acción del Espíritu es evidente. También aquí *por sus frutos los conoceréis* (Mt 7,16). **El fruto es el bien de la comunidad**

Estos consejos para la vida en comunidad son para todo cristiano, aunque viva en diáspora. Si los textos del adviento **nos llevan a revisar la vigilancia y la conversión**, estas no deben hacerse con aire dolorido ni mustio. La espera del Señor solo puede vivirse en la alegría del encuentro.

EVANGELIO: JUAN 1,6-8. 19-28

6-8. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz.

El texto de este domingo es lo que llamamos el **Prologo del evangelio de Juan**. En él Juan sostiene que en el mundo se está desarrollando una **lucha feroz entre las tinieblas y la luz, entre la muerte y la vida**. La luz, la vida, es el proyecto que Dios tiene para el hombre. Dios quiere que la existencia del hombre sea gozar de la vida y no ir camino hacia la muerte. A este proyecto se oponen las tinieblas, el fruto de nuestros pecados individuales y sociales, es decir la organización o sistema que muchos hombres han logrado imponer y que es la causa de que la mayoría de los seres humanos vivan su existencia como una constante amenaza de muerte. Bien que todo esto **lo estamos padeciendo en esta época de crisis**.

En este estado permanente de la humanidad, el de la dialéctica luz/ tinieblas, hay un acontecimiento: **se presenta un mensajero**.

Dios escoge a un *hombre*, sin más calificación de pueblo, condición social ni estado religioso. Un hombre, para quien la vida es la luz (1,4), que va a dar testimonio a los hombres acerca de **la luz-vida**. Dado que la luz es el resplandor de la vida, Juan está encargado de señalar la posibilidad de la vida, despertando en todos el deseo y la esperanza. La misión de Juan muestra hasta qué punto había sido dañina y eficaz la acción de la tiniebla, que había cerrado el horizonte, haciendo desesperar de toda posibilidad de salir de la situación de muerte. Por medio de Juan se sabrá que **existe la zona de la luz y que va a ser posible escapar de las tinieblas**.

19-22 Los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan, a que le preguntaran: ¿Tú quien eres? El confesó sin reservas: Yo no soy el Mesías.

Le preguntaron: Entonces ¿qué? ¿Eres tú Elías? El dijo: No lo soy. ¿Eres tú el Profeta?

Respondió: No.

Y le dijeron: ¿Quien eres para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?

La autoridad central decidió enviar una comisión para investigar si Juan podía impartir dicha doctrina y ver quién era. **Los judíos** (en el cuarto evangelio utiliza esta palabra para referirse a la autoridad religioso-política) andaban preocupados con el movimiento popular que estaba naciendo al amparo e impulso del profeta. En realidad temían por sus respectivos cargos de poder y por el desprestigio de su autoridad; según la mentalidad popular una de las principales **tareas del Mesías** habría de ser la reforma de las instituciones y la deposición de la jerarquía del Templo de Jerusalén, considerada indigna.

La comisión estaba integrada por **sacerdotes** (entonces funcionarios del templo encargados del degüello de las víctimas para los sacrificios y sin tarea pastoral alguna) y **los levitas** (especie de policía

religiosa). La participación de estos hace pensar que pretendían detener al Bautista en caso de haberlo encontrado culpable. Pero **Juan los sorprendió**. No se identificó con ninguno de los personajes que ellos sospechaban: ni el Mesías, ni Elías, ni el profeta...

23 Él contestó: "Yo soy la voz que grita en el desierto: Allana el camino al Señor" (como dijo el profeta Isaías).

Le piden que hable de si mismo, pero él se define como una mera voz, anunciada desde antiguo. Juan, como voz no habla de si mismo, sino de ellos; **sus palabras son un apremio y, al mismo tiempo una denuncia**. Al identificarse con la voz anunciada por Isaías (40,3) Juan conecta con la tradición profética, se hace representante de ella en este momento. Él es el profetizado por Isaías, que transmite el mensaje escrito por el profeta. El Señor va a recorrer su camino y debe encontrarlo libre de obstáculos.

Los que han torcido el camino son las autoridades. Son los que crean obstáculos al Señor.

24-27 Entre los enviados había fariseos y le preguntaron: Entonces ¿por qué bautizas, si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?

Juan les respondió: Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, que existía antes que yo y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia.

Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

El sólo bautiza con agua. Era simplemente un lavado, una limpieza de mancha y pecado. Agua fecunda y que hace brotar vida, pero que no cambia la naturaleza de las personas e instituciones. Lo de Juan no era del todo perfecto, **pretendía más bien reparar, reformar, rejuvenecer** una institución llamada a desaparecer; apuntalar el edificio del sistema judío declarado en ruinas, a la espera de ser derribado. **Juan, entre los judíos, propugnaba la reforma. Era la transición.**

Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis... (Os bautizará con Espíritu Santo y fuego, según Lucas) Bautismo de fuego, que consume, aniquila lo viejo, transforma, decanta el metal y lo separa de la ganga. Ese era **el bautismo de Jesús, que representa la ruptura, la revolución**, la aparición de algo verdaderamente nuevo, el derribo de una institución que giraba en torno al Templo y al culto formalista, y que **había colocado la ley en lugar del amor**, mandamiento este que ni siquiera se puede mandar.

A Juan lo mataron. La luz se hizo presente en el mundo y la tiniebla se empeñó una vez más en extinguirla; y mataron también a Jesús creyendo que así apagaban la llama que el quiso que prendiera en la tierra. Pero nosotros sabemos que esa llama sigue ardiendo y que la luz no se ha extinguido; por eso nos toca ahora a nosotros **ser testigos de la luz**. Se trata de una tarea arriesgada. Porque hay que denunciar a todos los que se esfuerzan por negar la luz a los hombres y ser testigos, ni propietarios ni oscurecerla con incoherencias.

3. PREGUNTAS...

1. El Espíritu del Señor está sobre mí. (1ªlc)

Programa de vida del profeta, que al hacerlo suyo Jesús nos implica a todos, como personas y como comunidad, a continuarlo.

Sé que muchos de la comunidad parroquial estáis trabajando en la **Sanidad**, y otro grupo está comprometido en la visita y cuidado de enfermos. Los más pobres, decíamos. Otros en **Caritas**, solucionando de la mejor manera las carencias y necesidades de los vecinos del barrio y acompañando con cariño a los últimos.

Otros vais a la **cárcel**, al piso de acogida para inmigrantes, o al de acogida para los sin techo. Otros estáis comprometidos con los drogo-dependientes...

- *¿Me siento enviado a continuar esta "buena noticia", desde la frescura del evangelio y el seguimiento al Señor?*

Proclamar un año de gracia. Sería bueno empezar por nosotros mismos en este año litúrgico que comienza:

- Darme un año de gracia para sentir el amor de Dios que fluye de continuo.
- Darme un año de gracia para saborear lo mejor que tiene la vida: en lo escondido está el tesoro, decíamos en un evangelio del verano, cambiando el título de la parábola.
- Darme un año de gracia y no correr como alucinados detrás de ofertas y anuncios y mitos que no llevan a ninguna parte. Y viviendo en austeridad compartida sentiremos el gozo pleno.
- Darme un año para inundar de esperanza el pequeño mundo que nos rodea. "Que la esperanza os mantenga alegres", se decía a los cristianos de Roma (12,12).

2. RECOMENDACIONES DE PABLO (2ª lec)

Pablo nos sugiere hoy, al igual que a los cristianos de entonces, cómo debe ser el **ambiente de una comunidad**. Alegría, oración constante, y dar gracias en toda ocasión, (no está claro si se refiere a la Eucaristía en esta "acción de gracias")

Llamada a la alegría a todos nosotros. Incluso en las horas bajas y en el sufrimiento, pues nuestra fortaleza y esperanza están en el Señor. La sonrisa es el espejo del alma. Con **una sonrisa y acogida** generosa curamos, hacemos más suaves y llevaderos los chirríos de la vida.

Alegría también en nuestras celebraciones eucarísticas, en nuestra acogida a aquellos que aparecen por primera vez o después de cierto tiempo. Alegría en el hacer de cada día.

Leed en este adviento la Exhortación del **Papa Francisco, Evangelii Gaudium**. Así comienza: "La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría".

Constancia en la oración. Aunque no sienta, aunque no vea, aunque esté árido y reseco. Estar en su presencia es ser fiel al amigo, al hermano mayor. La oración es tan necesaria como el pan de cada día. Hay que disciplinarse y buscar un **tiempo fijo para la oración**.

Dejarse guiar por el Espíritu: que a veces va por otro lado que la norma inamovible y fija. Y estar atento a los mensajes inspirados: el Espíritu habla por los más pequeños, los más sencillos, El deja su voz a los "sin voz". Y no apagar el Espíritu. La mediocridad y la tristeza, nos dice Gustavo Gutiérrez, nos hacen perder el soplo de creatividad y libertad que el Espíritu infunde en nosotros. Tensión de la espera, pero alegría en el Dios de la paz.

- *¿Dónde fundamento mi alegría: en la confianza en Aquel que me amó primero o en las "seguridades" que me ofrece "el sistema"?*
- *¿Soy constante en la oración y me dejo guiar por el Espíritu?*

3. EL PROFETA JUAN

En la Palestina tensa y revuelta del siglo I, deseosa de un liberador o Mesías que pusiera fin a la dominación romana y a la miseria existente, apareció el Bautista. Pero este profeta de justicia comenzó a resultar incómodo al gobierno de Jerusalén.

También hoy vivimos un tiempo tenso y oscuro para muchos y mediocre y vacío para otros.

Juan era la voz que grita. **Testigo de la luz**, inconformista. Rudo, radical, fronterizo. La figura del Bautista, abriéndole camino en medio del pueblo judío, nos anima a despertar hoy en la Iglesia esta vocación tan necesaria. En medio de la oscuridad de nuestros tiempos **necesitamos «testigos de la luz»**.

Creyentes que despierten el deseo de Jesús y hagan creíble su mensaje. Cristianos que, con su experiencia personal, su espíritu y su palabra, **faciliten el encuentro con él**. Seguidores que lo rescaten del olvido y de la relegación **para hacerlo más visible entre nosotros**.

Testigos humildes que, al estilo del Bautista, no se atribuyan ninguna función que centre la atención en su persona robándole protagonismo a Jesús. Seguidores que no lo suplanten ni lo eclipsen. Cristianos **sostenidos y animados** por él, que dejan entrever tras sus gestos y sus palabras la presencia inconfundible de Jesús vivo en medio de nosotros.

Es la vida **al estilo del evangelio** la que anima a todos a «allanar» el camino que nos puede llevar a él. La fe de nuestras comunidades se sostiene también hoy en la experiencia de esos testigos humildes y sencillos que en medio de tanto desaliento y desconcierto ponen luz pues nos ayudan con su vida a sentir la cercanía de Jesús.

- *¿Quiénes me indican hoy lo que Dios quiere?*
- *¿He descubierto el que está en medio de mi vida? ¿Lo que ven en mí, ilumina a otros?*

Juan García Muñoz (jngarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>